

# LA NOVELA SEMANAL



**La Casa de los Cuervos**

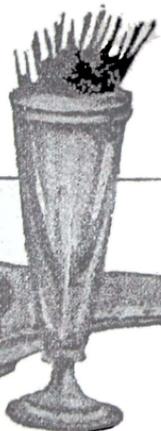
POR

**HUGO WAST** (G. Martínez Zuviria)

**PRECIO: 10 Centavos**



EL MEJOR  
Tónico - Aperitivo  
DEL MUNDO



Giussani y Taiana. -- GARAY 866

DR. ENRIQUE BORDOT

JEFE DEL DISPENSARIO DE LACTANTES DEL HOSPITAL A. N. CARLOS MEJÍA

Unión Telefónica 1088, Líneas

CORRIENTES 1194

La harina para niños  
"Seminol" es un alimento  
que es de gran utilidad en  
la alimentación de los niños  
sanos y para el tratamiento  
de los niños enfermos.

En perfecta elaboración  
y sus condiciones de alimento  
fresco, lo recomiendan con  
prejerencia a las demás harinas  
similares extranjeras.

Buenos Aires, Febrero 1: de 1918

Enrique Bordot

CEREALES MALTEADOS

SEMINOL

EL LUNES PRÓXIMO APARECERÁ

# "EL ALMA DE BUENOS AIRES"

por el famoso y galano escritor ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

## LA CASA DE LOS CUERVOS

POR

HUGO WAST (G. Martínez Zuviría)

Montarón, inquieto y movedizo, exageraba visiblemente sus atenciones descuidando a los otros visitantes y provocando, sin duda, mayores sospechas en el jefe de policía, que se había vuelto a sentar en un rincón solitario, después de saludar a Iriondo.

Cullen, acostumbrado a aquellas emociones, disimulaba perfectamente, y en sus ademanes no se transparentaba nada que no fuese su finura de hombre culto, capaz de alternar sin esfuerzo con sus propios adversarios.

Bayo parecía ignorarlo todo, atendiendo solamente lo que Pizarro le relataba con animada mímica.

Iriondo con algunos amigos, se refugió en uno de los saloncitos, y su ausencia calmó un tanto los nervios de Insúa.

Montarón salió hasta la galería, por esquivar las pupilas de Jarque, cuyos ojos semicerrados nadie sabía dónde miraban, aunque él en todo momento sentía la impresión de que estudiaban cada uno de los gestos que él hacía.

La hora en que habían convenido para que Insúa saliera, estaba próxima y no se veía cómo podría abandonar el salón sin hacer notar su ausencia.

El banquero empezaba a ponerse nervioso; desde la penumbra de la galería vió a Cullen, en apariencia tranquilo, conversando con algunas señoras, pero puesta la mano sobre el reloj, como si él también sintiera la ansiedad de los minutos que volaban.

Miró el reloj y vió que sólo faltaban algunos minutos para las once.

Iba a entrar al salón, cuando desde el lugar en que estaba oyó la voz de Jarque, hablando a su hija.

—Si usted canta "El Ciprés", yo le acompaño en el piano.

El jefe de policía era apasionado por la música, y sus gustos, en armonía con los de la época, le hacían preferir las canciones románticas y tristes, que se cantaban como salmodias desgarradoras.

Tocaba regularmente el piano, y entre todos los versos que había oído cantar a Syra, con su espléndida voz, llena de sentimiento, escogía siempre esa endecha lacrimosa del Ciprés, en cuya sombra se transformaba el alma vengativa del amante muerto y olvidado.

Montarón, asistiendo a la escena, comprendió que si Jarque iba al piano, Insúa aprovecharía su descuido para salir sin ser visto.

y los sucesos que un instante había deseado que no ocurrieran, sólo dependerían ya de la mano de Dios.

Por encima del frac tocó disimuladamente su revólver.

Estaba dispuesto a jugarse la vida para que la parte del programa confiada a él, que era apresar a Bayo, se ejecutara con toda perfección.

Allí cerca, en el patio sombreado por los naranjos, ocho o diez paisanos, llegados la noche anterior, e introducidos por él mismo en la casa sin que nadie los viera, aguardaban su señal, mezclados entre el grupo denso de curiosos que había invadido el zaguán, y se derramaba ya por las galerías.

En cuanto sonaron las cuerdas del piano bajo los dedos de Jarque, Insúa salió del salón.

Envuelto en su capa, a fin de ocultar el frac, con un chambergo en lugar del sombrero de copa, escurrióse hasta la huerta para salir por la escuela de don Serafín, de modo que los policianos de Jarque, de guardia frente a la casa de Montarón, no pudieron notar su escapada.

Borja miró si alguien faltaba, y notó inmediatamente la ausencia de Insúa.

Vió a Iriondo y a Bayo, en un grupo, conversando de cosas que parecían absorber toda su atención, porque se habían retirado al fondo de uno de los saloncitos.

Borja se imaginó a Insúa corriendo por las oscuras calles para reunir a su gente.

Aguzaba el oído y parecía sentir el rumor de pasos de una patrulla, ahogado por la doliente música, en que temblaba el alma de su novia.

Aproximóse a Jarque arrebatado por el espíritu romántico de los fúnebres versos, y le tocó en el hombro.

Jarque lo miró con mirada abstraída y sin pensamiento y siguió haciendo correr sus dedos sobre el arañoso teclado.

Por no alarmar a Syra, no se atrevió a insistir y aguardó angustiado el final de la canción.

Cuando la vió sentarse en el pequeño taburete del piano, Borja aprovechó la ocasión para hacer notar al jefe la ausencia de Insúa, indicio grave, sin duda.

Rápidamente Jarque resolvió lo que debían hacer.

—Te vienes tú conmigo, sin decir palabra.

Y así, mientras Syra comparaba sus miradas con la fuerza misteriosa de la luna que mueve las aguas del mar, Jarque y su secretario salían del salón, se envolvían en sus capas y se echaban a la calle.

En la esquina del Cabildo se acercó Jarque a dos de sus agentes de policía, encargados de vigilar la casa de Montarón: estaban alerta y fumaban para matar el tiempo.

—¿No habéis visto a nadie?

—No, señor jefe.

—¿Nadie ha salido del baile?

—Nadie, señor.

Borja, que oía sin decir palabra, mirando hacia la plaza en cuya esquina estaban, agarró de pronto el brazo de Jarque y le mostró un bulto que cruzaba furtivamente por el lado opuesto, y que se destacaba entre los troncos de los paraísos, sobre el fondo claro de una casa recién blanqueada.

Echaron a correr los dos, con la sospecha de que les interesaba detener a aquel transeunte trasnochador.

Jarque, sereno y valiente, sacó su revólver para llevarlo presto. Borja, a quien el espadín colgante al cinto le estorbaba al andar, lo desprendió tomándolo en la mano, pronto a desnudarlo.

Su instinto, más seguro que su vista, le hacía comprender

que era Insúa, el bulto que al llegar ellos al centro de la plaza desapareció como si lo hubiera tragado la tierra.

Y era Insúa, en verdad, que había penetrado en la casa de don Serafín Albadas, salvando las tapias de la huerta por el mismo camino que solía hacer Montarón.

Al llegar al jardín de la escuela, en la sombra de la galería del Sur, divisó la silueta gentil de Rosarito, que velaba a esa hora, sentada en la silla hamaca de su padre, pensando o rezando.

—¿Sos vos, Francisco? — le dijo la niña acercándosele; — habría tenido miedo, si en estos días no me hubieras acostumbrado a tus misterios.

Insúa, queriendo llevarse como un talismán que le diera suerte los votos de la niña, le contestó al oído:

—¡La revolución! Dentro de media hora seremos dueños del Cabildo. Piensa en nosotros, Rosarito...

Ella, que sospechaba la existencia de la conspiración, tembló, sin embargo, como una copa de cristal sobre la que estalla un trueno.

—¡Dios mío! — exclamó apretando con sus manos las del joven revolucionario — ¡Francisco, Francisco! ¿y si no volvieras más?

—Volveré — respondió él, que tenía fe en su estrella.

## IX

### El pañuelo rojo

La puerta de la escuela se cerró sin ruido tras aquel bulto negro, que se perdió inmediatamente entre los paraísos de la plaza.

La gente de Insúa aguardaba la señal del ataque en la barraca de Foseo.

Las chalanas que mandaba Alarcón se habían atrasado, y un día entero se las esperó con temor de que no llegaran a tiempo.

Fosco veía en aquella tardanza maniobras de José Golondrina, cuya lealtad desconfiaba; pero la verdad era otra.

Cuando Alarcón y el indio José llegaron, arreando la vaca, a la orilla del arroyo de Leyes, encontraron que las chalanas y la gente habían desaparecido.

Era de noche ya, y las pesquisas, para averiguar el rumbo que hubieran tomado, se hacían imposibles en el tupido sauzal que les cerraba el horizonte por todos lados.

Alarcón, sin decir palabra, intentó treparse a uno de los sauces más altos, para escudriñar el río, que de una gran anchura allí, y lleno de curvas y de isletas montuosas, aparecía en la obscuridad como un charco de agua quieta y negra.

Lo detuvo la voz tranquila del indio que decía:

—Aquí está el gringo Moor.

De un salto Alarcón se echó al suelo, y el joven le informó en voz baja, como si temiera ser oído, lo que ocurrió durante su ausencia.

Deseoso de arponear algunos sábalos, esa tarde para asarlos en la hoguera encendida en el montecito de algarrobos, él con un compañero conocedor de aquellos lugares, cruzaron el río en una de las canoas de las chalanas, buscando un sitio donde el bañado de la otra orilla era abundante en pescados.

Al cortar así las aguas playas del bañado, avanzaron de nuevo hasta el río, curvo como una herradura, y a los rayos del sol que caía vió Moor a breve distancia una lancha blanca fondeada contra el sauzal.

Dióle un vuelco el corazón, y se aplanó sobre la canoa para no ser visto, quedando oculto a medias entre las pajas que cubrían el bañado.

La embarcación a la vista tenía una chimenea, y por ella conoció que era la lancha a vapor con que el gobierno vigilaba el puerto y la laguna y que a esa sazón remontaba los riachos para prevenir toda intentona por allí.

Por el humo que arrojaba la chimenea sospechó el joven suizo que estaba lista para marchar, río arriba, sin duda, y no esperó más para volver adonde había dejado las chalanas.

En pocos minutos llegó, y ordenó a su gente que se embarcara, y con los largos botadores empezaron a contornear la costa de la isleta de la Casa de los Cuervos, cuyos sauzales podían ofrecerle un refugio en alguno de los profundos ramblones que se internaban en ella, como una bahía.

Y así fué; cuando la lancha del gobierno pasó siguiendo el cauce del arroyo de Leyes frente al lugar en que habían estado fondeadas las dos chalanas de los revolucionarios, ya éstos se hallaban escondidos en un brazo del riacho, donde no podía entrar el vaporcito, por su mayor calado, y como el crepúsculo empezaba a difumiar el paisaje, ninguno de sus tripulantes advirtió la presencia de las embarcaciones.

Alarcón apretó cordialmente la mano del bravo mocetón que los había salvado de aquella sorpresa.

Y fué ese el motivo que dilató un día entero la llegada de las fuerzas de Alarcón. A eso de las ocho de la noche, casi a la hora del baile, fondeaban ambas chalanas en el extremo sur, de la calle de la Matriz, doblando, como se llamaba entonces a la calle de San Gerónimo.

En la barraca de Fosco, adonde con infinitas precauciones fueron refugiándose uno a uno los revolucionarios, se reunieron más de cien, y aunque no todos bien armados, la aventura parecía tan bien dispuesta que ninguno dudaba del triunfo.

A las once de la noche debía Insúa ir en su busca, para dirigir el ataque, pero la sospecha de que el complot no era ya un misterio para los de la policía, hizo variar un tanto aquel plan.

Insúa se limitaría a dar breves instrucciones a su gente reunida en la barraca de Fosco; encargaría a Alarcón la dirección del ataque, y él regresaría a la sala del baile, para ayudar a sus amigos a apresar a Iriondo y a Bayo en cuanto sonaran los primeros tiros.

Su presencia en la fiesta, mantendría a Jarque en la duda, sobre aquellos sucesos que presentía.

No todo ocurrió, sin embargo, como él lo pensara.

Su breve demora en el patio de la escuela, despidiéndose de Rosarito, dió tiempo a Jarque y a Borja para llegar a la plaza al mismo tiempo que él.

Alcanzó a ver, en la noche clara, la silueta de aquellos dos hombres que aparecían en la calle de la esquina de Montarón, y para despistarlos, si acaso tenían intenciones de seguirle, corrió por el costado de la plaza, que daba sobre la casa de Iriondo y dobló hacia el norte por la calle del Comercio. De trecho en trecho se refugiaba en el hueco de algún portal o detrás de alguna ventana saliente.

Debían de ser las once y media, y en la barraca de Fosco seguramente le aguardaban impacientes y listos para el combate.

Fué a echar a correr, a la sombra de los tunales, cuando le pareció sentir un ruido metálico, como de una espada que se golpea.

Calle derecha, hacia el norte, alcanzó a ver de nuevo las mismas dos siluetas de la plaza, y comprendió que eran vigilantes que lo perseguían y habían dado ya con su pista.

Como no podía correr sin exponerse a ser visto, se metió por entre el penca, defendiéndose con su capa de las espinas, y aguardó que llegaran.

Marchaban rápidamente, corriendo a trechos, y pasaron tan cerca del sitio en que Insúa se había escondido, que los pudo conocer al uno porque rengueaba al correr, y al otro, porque vio la contera de una espada asomar por debajo de la capa.

Jarque y Borja, maravillados de la repentina desaparición de Insúa, se habían echado a correr, cuando al desembocar una calleja apareció la mole oscura y chata de la antigua barraca de Fosco.

Jarque se detuvo, y por primera vez se le ocurrió que ése podía ser el escondrijo de los revolucionarios.

Paróse, agitado por la carrera, a unos cien pasos de la entrada del vetusto caserón.

—¡Que me lleve el diablo si no se ha metido aquí! — dijo con fastidio y entre dientes.

Borja a su lado escudriñaba el caserío, por si algún indicio le revelaba lo que querían saber.

De pronto un terrible empujón lo tumbó en tierra, y sonó un tiro. El fognazo lo deslumbró, y cayó enredado en su larga capa, y el revólver que empuñaba en la mano izquierda saltó a varios pasos de allí. Tenía la espada en la derecha, y quiso incorporarse, a tiempo que Jarque, el cual no parecía herido, gritaba haciendo fuego contra Insúa, que se echaba sobre él.

—¡Ah! misera...! — exclamó, y la palabra se rompió entre sus dientes apretados, y cayó herido en la frente por otro balazo cuyo estampido ensordeció a Borja, quien, ciego de furor, arremetió con su espada.

Insúa vio el relámpago del acero y saltó como un jaguar; pero la punta penetró en el flotante paño de su capa, que se desprendió de sus hombros y cayó cubriendo al cuerpo palpitante de Jarque.

—Ríndase, no quiero matarlo — dijo una voz breve y tranquila apuntando a Borja, que arrancó su espada con violencia y se echó de nuevo sobre su adversario.

A la luz de la luna, bañando la extensa planicie, en cuyo centro se desarrollaba la sangrienta escena, veíase a Insúa de frac, la blanca pechera, señalando el sitio en que debía herirle, y lleno de elegancia el gesto de su mano que empuñaba el revólver apuntando al joven teniente, que un momento se quedó paralizado ante aquella serenidad, que parecía atarle los brazos.

En la cercana barraca de Fosco, el rumor de la lucha en la hora señalada para que estallara la revolución, despertó una extraordinaria inquietud.

Los cien hombres allí encerrados corrieron a sus armas; los jinetes montaron en sus caballos asustados por el ruido y el movimiento, y Alarcón y Fosco fueron hasta el portón de madera de la entrada, que tenía roído el borde de abajo, por donde el perro guardián sacaba el hocico y ladraba.

Abrieron cautelosamente, y como a cien pasos alcanzaron a ver el fulgor de la espada cortando el humo del segundo disparo.

Alarcón reconoció a Insúa, comprendió que se batía y corrió, seguido de un grupo de hombres.

Oyó el jefe revolucionario el tropel de su gente que corría, llenando la noche con el metálico rumor de las armas, y dijo a Borja, que había saltado por sobre el cuerpo de Jarque para coger su revólver que brillaba en tierra a dos pasos de allí.

—No se mueva o lo mato — y añadió con dulzura, sin dejar de apuntarle, — quiero que viva para su novia.

El joven teniente sintió la penetrante ironía de aquella compasión.

—¡Cobarde! — gritó — ¡A él lo has muerto a traición y yo lo voy a vengar! y volvió a cargar con su espada sobre la blanca pe-

chera que atraía sus furiosas estocadas, que el revolucionario esquivaba con ágiles movimientos.

En un salto que dió Borja, asentó el pie sobre el revólver de Jarque, y antes que Insúa previniera su acción, arrojó la espada y alzó el arma del suelo.

Insúa no pestañó y de un balazo en el pecho lo echó por tierra.

—¡Oh, Dios! — exclamó Borja, abriendo los brazos y cayendo de espaldas. La capa, como una gran ala rota, quedó abierta debajo de su cuerpo. Era de paño azul, pero por su forro de terciopelo rojo, parecía una gran mancha de sangre, tiñendo el pasto verde que alfombraba la planicie.

Alarcón y sus hombres llegaron en ese momento. Insúa con tristeza les señaló el cuadro y les dijo:

—No quería matarlo, pero él se empeñó.

Cogió su revólver sin prisa, como si todo peligro hubiera pasado, y fué a recoger su capa negra, echada como un manto fúnebre sobre el cuerpo aun tibio de Jarque. La sacudió y se envolvió en ella.

Dió sus órdenes precisas; la gente debía marcharse en seguida y atacar el Cabildo. Un piquete debía al mismo tiempo invadir la casa de Montarón, adonde él habría llegado ya, para ayudar a sus amigos.

Y con esas palabras separáronse dejando sobre el campo verde los dos cuerpos inmóviles que la luna envolvía en su luz impasible.

Por la acera sombría de la calleja que trepaba la barranca, se adelantó Insúa casi corriendo.

Los dos vigilantes apostados en la entrada de la casa de Montarón, cabeceaban rendidos de cansancio y no vieron pasar a Insúa, que subió tranquilamente hasta la sala de baile.

En la galería de cristales, donde estaban los músicos, se despojó de su capa, y fué a entrar al salón, cuando una mano vigorosa lo detuvo por el brazo.

No era un gesto afectuoso, ni era violento u hostil; más Insúa se volvió con ira para ver quién era.

Hallóse con Iriondo, a cuyo lado debió pasar, pero a quien no había visto.

Para librarse de la presencia de Iriondo que lo desconcertaba, fué a entrar al salón, pero él lo detuvo de nuevo, con el mismo gesto sin violencia, que no podía rechazar.

—¿Va a entrar así? ¿No ve cómo está manchada su pechera?

Insúa miró la alba pechera de su camisa y se puso pálido.

Una gran mancha roja ocupaba toda la parte baja, donde se abotonaba el chaleco.

Se volvió bruscamente, evitando la luz, y dijo sacando del bolsillo un pañuelo de seda color escarlata:

—Llevaba aquí el pañuelo y al lavarme seguramente lo he mojado y se ha desteñido...

Había perdido completamente su calma y la voz le temblaba.

Con ansia esperaba que sonara el primer tiro frente al Cabildo para arrojarle contra aquel hombre más temible por su serenidad que por su fuerza.

Iriondo sonreía.

En este momento apareció en la puerta del salón, por donde se veía el cuadro brillante del baile, la magnífica figura de Syra.

—¡Ah, Insúa! — exclamó al verle, acercándosele con un apasionado interés, mientras él se acomodaba con mano trémula el pañuelo rojo sobre su manchada pechera. — ¿No salió el teniente Borja con usted?

Insúa se estremeció. Una inmensa angustia se pintaba en aquella hermosa cara, y la voz temblaba como una imploración.

Dominoó violentamente sus nervios, se acercó a la joven que esperaba su respuesta con una indescriptible ansiedad, y le ofreció el brazo, que ella no aceptó, volviendo a preguntarle:

—¿No salió con usted, capitán? ¿Verdad que no salió con usted?

El estampido de una descarga apagó brutalmente la armonía de la orquesta.

Se produjo un remolino en la concurrencia del salón. Sin preocuparse de su compañera que se había erguido al rumor de la lucha, y le increpaba preguntándole por su novio, Insúa corrió a la galería para arrojarle sobre Iriondo, mas éste previó su ataque, cerrándole el paso, y en un ademán siempre mesurado y amistoso, con el brazo izquierdo lo tomó por la cintura, lo llevó hacia afuera y tranquilamente le dijo:

—Explíqueme qué es eso.

Y como Insúa quisiera librarse de aquel abrazo, Iriondo con mucha calma alzó su mano derecha en que tenía un revólver, se lo puso a dos pulgadas de la frente, y le volvió a hablar con su palabra serena e imperiosa:

—Si se mueve, lo mato.

A la primera descarga, sucedió un vivo tiroteo, y la calle oscura se iluminó con la luz de los fognazos, llenándose a la vez con el humo acre de la pólvora.

El tropel y la gritería de los que invadieron la casa y el estrepitoso tumulto que se alzó en el salón, cuyas puertas se cerraron con violencia, dejando en la sombra la galería de cristales, de donde los músicos huyeron, permitió a Insúa alejar de un manotón el revólver que le amenazaba.

Salió el tiro sin herirle, y él con su gran fuerza se zafó del terrible brazo de Iriondo; más al echarse atrás buscando su propio revólver en momentos en que volaban hechos trizas los cristales de la galería, invadida por una ola de gentes, revolucionarios y gubernistas, mezclados con los soldados de Jarque que no distinguían a unos de otros, constató que Iriondo se lo había sustraído al pasarle la mano por la cintura.

—¡Ah, traidor! — exclamó con impotente rabia, sintiéndose desarmado; y como a una orden del jefe de los gubernistas, cuya alta figura dominaba a todos, los soldados se echaron sobre Insúa. éste dió un empellón a los que le cerraban el paso, y, no pudiendo bajar por la escalera, atropelló la puerta del salón, que se abrió con estrépito, cruzó el recinto, que era una colosal batahola de hombres que luchaban y damas que parecían muertas sobre la alfombra, salió al balcón y, encaramándose hasta la balaustrada, saltó hacia el tejado de la casa vecina, buscando un sitio por donde echarse a tierra para tomar su puesto en el combate contra el Cabildo.

## X

### La noche trágica de Syra

A la primera descarga, Syra, intensamente pálida, con los ojos dilatados por el terror, se llevó la mano al corazón, sintiendo una gran angustia y se abatió sobre un sillón, llorando como un niño castigado. ¡No había ya remedio!...

Las demás mujeres, sorprendidas por la revolución, se agruparon en la sala del ambigú, para escapar de las balas que empezaban a entrar por las maderas del balcón, destrozando los cristales. Algunos hombres las atendían, pocos, porque casi todos habían bajado al patio donde el tumulto era indescriptible.

En el salón, con sus muebles revueltos y sus puertas cerradas

por Montarón, sólo quedaban Cullen y Bayo, sentado éste, pálido y ceñudo, comprendiéndolo todo, pero sin hacer un gesto que pudiera provocar una violencia, y el otro de pie, a su lado, atento a los movimientos de su prisionero.

En la plaza, frente al Cabildo se batían los revolucionarios contra los policianos que respondían con un vivo tiroteo. Una bala dió en la araña del centro del salón y desprendió un manojo de caireles hechos trizas.

Montarón miró a su hija, que al sentir el ruido de los cristales rotos se puso de pie, y muda, dominando una desesperación que hacía dar gritos a las otras mujeres, corrió a la puerta de la galería, en donde resonaban de nuevo furiosos golpes.

Su padre abrió los brazos para contenerla, pero ella lo rechazó con un solo ademán que a él le heló la sangre en el corazón.

—¡Hija mía! — exclamó él, y ella bruscamente, como si aquel grito le volviera el sentido y la esperanza, sintiendo una inmensa necesidad de consuelo, se volvió a él y se echó llorando sobre su pecho.

El no habló, porque le acosaba el remordimiento de aquel dolor silencioso en que había anegado a su hija.

Nada sabía aún de lo que le habría pasado, mas tenía el presentimiento de que la desgracia de ella iba a ser su desgracia.

Despeñándose casi por la escalera sembrada de flores desprendidas de las guirnaldas, llegó Syra al zaguán, y como a nadie viera, salió a la calle y corrió hacia la plaza, donde era la lucha.

Al llegar a la esquina estuvo a punto de ser envuelta por un pelotón de hombres que desfilaban a lo largo de las paredes guarneciéndose de los tiros que llovían de todas partes.

Eran revolucionarios y marchaban sobre la casa de Montarón en auxilio de los amigos.

Uno de ellos se detuvo al ver a Syra. Fué un segundo no más, por mirarle la cara.

—¿El teniente Borja? — le preguntó ella juntando las manos.

—¡Allá quedó, niña! junto al río.

Syra no vió el ademán en que le indicaba el Sur y echó a correr hacia el Oeste buscando el río, a cuya orilla había ido por ese lado alguna vez.

Oíanse las descargas en la plaza, y volviendo la cara podía ver el relámpago que precedía a cada estampido. El silencio de la noche agrandaba los lejanos rumores de la lucha. Y Syra sentía confusamente al pasar, que puertas y ventanas se abrían y cerraban con cautela.

Por aquella parte las casas eran más raras y las calles más estrechas se dilataban hacia el Salado, bordeadas de pencales impenetrables, por sus temibles espinas.

Syra se detuvo mirando extraviada aquellas extrañas figuras. Pensó en su novio: — “¡Allá quedó!” — le habían dicho — “junto al río”.

Syra se puso a correr de nuevo, con más miedo al hallarse sola, pareciéndole que detrás de ella corría la muerte, para llegar antes a donde estaba su novio o para avisarle que era tarde ya y que en vano se fatigaba.

Ya no se oían los tiros. La ciudad, cuyas casas blancas se dibujaban a lo lejos entre las sombras de las calles, se había vuelto a dormir sin duda; y ella estaba allí, perdida en medio del campo, sin más compañía que la fría luz de la luna, que empezaba a nublar y los estridentes ladridos de los perros, que se enfurecían al verla correr como un blanco fantasma.

—Allá quedó, junto al río — le habían dicho riendo.

Por fin el río que buscaba le cerró el paso. Era allí estrecho y

encajonado por una barranca no muy alta, vestida de césped húmedo bajo el rocío de la noche.

Era el arroyo del Quillá, que media legua más al Oeste se junta con el Salado.

A corta distancia, hacia la ciudad, se veía como un escalón una segunda barranca, más alta y desnuda, donde se encaramaban las primeras habitaciones, algunos ranchos, y más allá la masa oscura de la barraca de Fosco, ceñida por sus tapias cubiertas de musgo, y por el bosque sombrío de quietos naranjos y quejumbrosos eucaliptus.

A algunos pasos de allí vió una casucha de barro, por cuya puerta apenas entornada se escapaba un hilo de luz.

Fué una esperanza para la infeliz que empezaba a sentirse ganada por el descorazonamiento. Llamó a la puerta, y como no le contestaran entró de golpe.

Un candil de sebo, puesto sobre el ángulo de una mesa alumbraba un cuadro siniestro.

Sobre una mísera cama yacía un hombre, rígido, con los ojos cerrados y la boca crispada en un gesto de dolor, y el pecho desnudo y manchado de sangre, que parecía negra como la tinta.

Syra dió un grito. Una mujer que lloraba arrodillada a la cabecera de la cama, alzó la cara y viéndola dijo con una voz dulce y doliente:

—Me lo han muerto, niña. Era soldado y estaba de guardia en la plaza; los revolucionarios lo han herido y ha tenido tiempo de llegar hasta su rancho para morir junto a mí y a sus hijitos. ¿Por qué me lo han muerto, niña?

Una chicuela de cuatro años, silenciosa, con los ojos dilatados por el miedo, sentada a los pies de la cama, miraba sin comprender la terrible escena de su padre asesinado y semejante a una madre pequeña, acallaba al hermanito que estaba sobre sus rodillas, gimiendo de rato en rato, como si hasta él llegara la ola del dolor.

Syra llorando se arrodilló junto a la viuda.

—¡También a mí, también a mí! — decía en un sollozo que la sacudía entera, y no podía concluir la frase. — Hace horas que lo busco, muerto o vivo: "quedó junto al río", me han dicho riéndose y he corrido por la orilla del río, buscándolo sin encontrarlo.

La mujer se paró, tomó de la mano a Syra, salió hasta la puerta y le dijo señalándole en el campo un punto más oscuro que las sombras:

—¡Allá, allá! ¡Yo he visto dos hombres! Deben estar muertos a estas horas. Allá fueron los primeros tiros...

Y Syra corrió, mientras ella volvía adentro a seguir llorando su prematura viudez.

En la barraca de Fosco, de donde éste había huído en las chalanas de los revolucionarios, que volvían derrotados, las dos mujeres que quedaron solas temblaron toda la noche, oyendo, cerca de allí, el lamento de Syra sobre el cuerpo rígido y yerto de su novio.

Y cuando el alba fría se derramó sobre el pueblo, disipando las angustias de la noche, los que andaban en busca de la hija de Montarón, dieron con ella, sentada, como si aun esperase algo, junto al cadáver del teniente Borja.

## XI

### La derrota

Fué un salto magnífico. De la balaustrada de la galería que daba a la calle, en la casa de Montarón, Insúa se arrojó sobre el tejado vecino.

Sintió que una teja cedía bajo sus pies, pero era ágil como un jaguar y salvó el obstáculo. El techo, a dos aguas, caía de una parte sobre la calle, de la otra, sobre un patio interior, y cubierto de musgo como estaba, e impregnado de rocío, hacía peligroso el andar.

Los que corrieron detrás del revolucionario, detuviéronse sorprendidos. Uno de ellos tenía una carabina y le apuntó. La distancia era corta y la noche clara, por lo cual el tiro no podía errarse; pero Insúa había previsto que le harían fuego, y salvando la cumbrera del techo, se puso a correr hacia la esquina, guareciéndose en el alero inclinado que daba hacia el patio.

Ante aquella maniobra que imposibilitaba el tirarle, el hombre de la carabina trepó a la balaustrada y desde ella saltó sobre el tejado, para cazar el fugitivo como a un gato, persiguiéndolo por las azoteas. Pero fuese que le estorbara el arma o que no tuviese la agilidad de Insúa, resbaló sobre las tejas mojadas por el relente de la noche, y soltando una maldición se estrelló en la calle.

El revolucionario alcanzó a verlo y seguro de que se limitarían ya a aguardarlo en la vereda del costado de la plaza, para atraparle cuando quisiera bajarse por allí, buscó manera de escurrirse hasta el patio de la casa en cuyo techo andaba.

Agazapándose para no ser visto, corrió sobre el filo de la pared que se desmoronaba al pasar él, y en pocos minutos llegó hasta la escuela.

En un rincón del patio halló a don Serafín enloquecido de terror, mientras su hija, en el zaguán, no se alejaba de la puerta, lista para prestar auxilio a quien se lo pidiera, pensando en que podía ser él.

—¡Hijo mío!—le gritó el anciano al verle llegar, abrazándose a él—¿qué es lo que ocurre?

Con algunas amables palabras le infundió confianza de que allí no podía temer nada, y cambiando su incómodo traje de etiqueta por otro más holgado, se envolvió en un poncho de vicuña, tomó sus armas y corrió hacia la calle.

Allí le envolvió un tropel de gente en que reconoció a una parte de sus hombres que empezaban a desorientarse ante la sangrienta resistencia de los soldados del gobierno, que se batían sin peligro casi, parapetados en el Cabildo, y bien provistos de armas de fuego con que mantenían a raya a los asaltantes.

—¡Muchachos!—gritóles Insúa, dándose a conocer.—¡Al Cabildo! ¡Viva la revolución!

A la aparición de Insúa, sus hombres enardecidos de nuevo, se tendieron a lo largo del costado sur de la plaza, parapetados detrás de los árboles y arrojó el fuego que hacían, mordiendo con rabia los cartuchos de sus largos fusiles de chispa, con el áspero amargor de la pólvora en la boca.

Los hombres de a caballo, diezmados en un asalto infructuoso, se agruparon alrededor de Insúa, detrás del quiosco, que les resguardaba un tanto de las balas del Cabildo.

Insúa tranquilamente les daba instrucciones, porque iban a atacar de nuevo, lanza en ristre. Temblaban ya las astas en las manos nerviosas y retiñían las espuelas de los jinetes, entusiasmados por aquella voz serena, que apagado el trueno de una descarga, seguía explicando la maniobra, cuando un tiro aislado que parecía venir de la casa de Iriondo, le cortó la palabra.

Estaba Insúa de pie teniendo su caballo de la rienda, porque el montar él iba a ser señal del ataque.

Se llevó la mano al hombro y dijo:

—Estoy herido.

No cayó, empero, mas sintió que se le nublaba la vista.

—¡José, José Golondrina!— había gritado Alarcón al sentir

el tiro de aquella parte, con la sospecha de que él hubiera sido, pues acababa de verlo correr hacia ese lado.

El indio llegaba en este momento con la carabina en la mano. Alarcón se echó sobre él.

— ¿Quién tiró? ¿Vos, miserable?

— ¡Allá, allá! — contestó el indio tranquilamente, señalando la esquina norte de la plaza que daba sobre la calle del Comercio. — Viene un piquete.

Como una respuesta a tal advertencia, la tropa que venía a coparlos por la espalda les abrió un fuego mortífero que desmontó a varios jinetes, sembrando el espanto entre todos. Insúa tuvo apenas tiempo de subir a caballo sostenido por uno de sus hombres. No podía saber si eran muchos o pocos los que así atacaban, la revolución estaba perdida.

Ya no debían afinar sino a salvarse de caer prisioneros para aguardar tiempos mejores en que la suerte les acompañara.

Gritó: — ¡Alto el fuego! ¡Sálvense, muchachos!, ¡será para otra vez! — y espoleó su caballo, que dió un salto al arrancar, agiténdole violenta y dolorosamente el brazo roto.

Insúa corrió entre un grupo de los suyos unas cuantas cuadras, pero fué quedándose rezagado sin que lo observaran.

Dolióle horribilmente la herida, lo que lo obligaba a ir constantemente sosteniéndose el brazo, para que no se le moviera con el traqueteo de la marcha.

A los pocos minutos pensó que debía volver a la escuela, donde la hija del maestro lo vendaría para que así pudiera huir.

Volvió, en efecto, siguiendo las calles apartadas y solitarias.

Rosario había visto pasar el tropel de los fugitivos y comprendió que la revolución estaba vencida.

Helada de espanto, permanecía en el hueco de la puerta sin moverse acechando todos los ruidos que podían darle un indicio de lo que ocurría, rezando por los que agonizaban y temblando de que sus rezos pudieran acompañar el alma del hombre que amaba, cuando sintió el sordo paso del caballo de Insúa, que llegó hasta la puerta.

— Todo se ha concluido — le dijo Insúa sencillamente — estoy herido, ¿queréis vendarme?

— ¡Ay! — exclamó ella juntando las manos — ¡madre mía del Rosario! — y corrió adentro a buscar un gran pañuelo de seda que podría utilizar y un frasco de árnica.

— ¡Rosario! ¡Hija mía! — gemía el viejo.

— Papá, ¡Francisco viene herido! — Perdió el miedo don Seraffá con aquella noticia y corrió a la puerta. Y allí los dos, a riesgo de ser sorprendidos por la gente del gobierno, vendaron al jefe de los revolucionarios que no aceptó quedarse en la escuela, refugio harto sospechoso y huyó de nuevo, en su excelente caballo, dominando el dolor de la herida y sintiendo a lo lejos temblar la tierra bajo los cascos de la caballería del gobierno, que ya se había lanzado en su persecución.

Todavía era de noche, mas el alba no debía estar lejana.

Insúa se encaminó hacia el noroeste de la ciudad, dispuesto a desviarse de la carretera que generalmente seguían para ir a Santa Rosa, y que a esa hora debía estar ya ocupada por la policía.

Siguió galopando a la luz del día que despertaba ya los maravillosos rumores de la selva.

Insúa para librarse de los rayos del sol, comprendiendo que ya se había alejado con exceso del camino de Santa Rosa, y que a esa hora las patrullas del gobierno debían haberse replegado a la ciudad, se internó en el monte.

El caballo tenía la boca ensangrentada y palpitantes los flancos empapados en sudor.

Insúa corría, castigada su alma con los siniestros recuerdos

de esa noche, en que su mano había derramado sangre inocente, y en su carrera desatinada sus ojos encendidos por la fiebre, hallaban perfiles fantásticos y medrosos en todos los detalles del cuadro que le rodeaba.

Sentía una sed tan terrible que una vez pasó la mano por el ijar mojado en sudor de su caballo, y fué a beber. Pero era de un sabor insoportable aquel líquido acre y tibio. ¿Dónde estaban los charcos en que bebía la hacienda?

Miró el sol, por entre las copas despeinadas de los algarrobos y torció bruscamente hacia el este. Quería llegar a la laguna de Setúbal, para arrojarse con caballo y todo en su onda fresca y beber a sus anchas, aunque allí lo hubieran de prender.

Galopó como una hora, torturado por la sed, que traía sobre él infinitas alucinaciones, haciéndole creer en cada revuelta del bosque en un charco fresco de agua; hasta que raleándose la arboleda, divisó a lo lejos la cinta azul y plácida de la hermosa laguna.

El caballo, sediento como el amo, relinchó olfateándola, y sus cascos herrados llamaron al sol, sobre la llanura, que se desenvolvía como un manto verde, a lo largo de la costa, cortada por el blanco perfil del camino.

Al cruzarlo, no vió Insúa, alucinado como iba por el agua azulada y brillante, una nube de polvo que ascendía de la carretera, hacia la parte del sur, donde estaba la ciudad.

Llegó hasta la barranca, no muy alta, y con grietas por donde bajaban las haciendas, entrando en la laguna hasta que el agua llegó al pecho del caballo.

Se quitó el sombrero, lo llenó de agua y se puso a beber con una inmensa fruición, sintiendo la frescura del líquido puro que le aligeraba la sangre en las venas.

El caballo bebía también interminablemente, haciendo sonar las coscojas del freno y resoplando, a cada espumilla que la corriente le traía hasta el hocico; cuando de pronto apareció sobre la barranca, cien metros más atrás, un grupo de jinetes de rojas bombachas, con sables que brillaban al sol, y carabinas que alzaban sobre sus cabezas, dando alaridos de júbilo.

Insúa miró y comprendió. Estaba perdido; eran los policianos del gobierno, de cuyas manos no podía escapar, porque antes que él volviera a trepar la barranca, ellos le cerrarían el paso. Pensó en hacerse matar, pero la idea de que muerto él, el gobierno quedaría triunfante y tranquilo para siempre, le encendió un áspero deseo de vivir para vengár su derrota.

Por un lado la laguna, que se extendía ante él como una inmensa tela azul, ancha de leguas. Por el otro la barranca, las bombachas rojas, la prisión o la muerte.

Eligió la laguna, castigó a su caballo y se arrojó con la insensata esperanza de llegar a la otra costa, cuyos verdes sauzales se divisaban en lontananza.

El caballo manoteó algunos pasos, perdiendo pie, y luego sin vacilar, como si hubiera comprendido que era la salvación de los dos, se dejó hundir hasta el pescuezo, y empezó a nadar, soplando, con las narices a flor de agua, y los ojos fijos en la orilla lejana.

Los policianos que nunca imaginaron que se arrojaría a la laguna, al ver apenas a flor de agua la cabeza del caballo y los hombros de él, que se achicaba cuanto podía, le insultaron con rabia.

— ¡Pie a tierra! — gritó el sargento a sus hombres — ¡y fuego sobre él!

Los veinte soldados que formaban la patrulla, arrodillados al borde de la barranca, empezaron a ametrallar al fugitivo. Las balas cada vez picaban más cerca de él, porque la puntería se afinaba. De pronto se le vió desaparecer, y sólo su caballo siguió nadando.

Los hombres se incorporaron dando un grito,  
—¡Una bala en la cabeza! lo hemos muerto.

Insúa había desaparecido, y los hombres iban a montar ya, seguros de haberle herido de muerte, cuando surgió de nuevo su cabeza junto al cuello del caballo.

—¡Maldición! — rugió el jefe de la patrulla — ¡Se escondió para que no le tiráramos!

En ese minuto de expectativa, el revolucionario se había puesto fuera del alcance de las carabinas.

Siguiéronle mirando hasta que el punto negro se perdió en la lontananza del agua, que agitaba el viento. Entonces todos montaron y volvieron riendas hacia la ciudad.

—¡Se ahogará antes de llegar al medio de la laguna! — dijo uno de ellos y todos creyeron así.

Durante una hora, quizás, resistió el joven caudillo la sensación violenta que le producía ir a merced de su caballo, con la mano acalambrada en su larga crin. No podía valerse más que de la derecha, porque la otra herida, era un miembro absolutamente inútil.

La frescura del agua le había adormecido el dolor, pero se entumecía poco a poco, y sentía que el sueño se apoderaba de todo el cuerpo, como un veneno mortal.

Si se dormía, estaba perdido. Se soltaría de su caballo y se iría al fondo. Pensó que quizás ese término a sus padecimientos valía más que la lucha por vivir; pero la prodigiosa energía que le hacía ser lo que era le siguió sosteniendo. Llegó, sin embargo, un momento en que aun luchando contra la terrible modorra que le invadía con el frío del agua y la fiebre de la herida, dejó que sus ojos se cerraran, y toda su fuerza fué impotente para abrirlos.

.....  
Cuando abrió los ojos, creyó que soñaba.

Alguien lo habló. Se volvió para ver quién era y se halló con un paisano de barba encanecida, que estaba allí a su cabecera, con el sombrero puesto, en mangas de camisa, castigando las botas con la lonja de un talero.

—¿Qué significa esto? ¿Dónde estoy?

Y el paisano le contestó con una hospitalaria sonrisa que dejó al descubierto sus dientes amarillentos y fuertes:

—En la estancia de doña Carmen de Borja...

—¿Carmen de Borja? — repitió él.

—Sí, y de la niña Gabriela...

—¿Gabriela?

—Gabriela Borja de Jarque...

—¡Ah! — exclamó Insúa y volvió la cara a la pared, penetrado hasta la médula de los huesos por el recuerdo de la noche de la revolución.

—Por mal nombre — asentó el paisano — le llaman la Casa de los Cuervos.

## SEGUNDA PARTE

### I

#### ¡Por el alma de los muertos!

El sol que trasponía ya el bosque, reflejaba un disco trémulo en la faja del río, que pronto iba a llenarse de sombra, y Gabriela, sola en su bote, que la había llevado corriente arriba, gracias a la yela, en una de sus excursiones de ensueño, descendía aprovechando la corriente y siguiendo por un capricho la línea indecisa que pintaban en el agua las copas de los árboles, dormidos ante la vecindad de la noche.

De vez en cuando, con un golpe de timón rectificaba la marcha del bote, una de cuyas bordas se bañaba en el sol dorado de aquella tarde de otoño.

La embarcación era pequeña, fina de formas, pintada de blanco, y llevaba su nombre a proa, en letras negras: "La Espuma".

"La Espuma" era la compañera de los sueños de Gabriela.

Cuando se casó, dos años antes, con aquel español que compró el campo de su padre, éste, que había de morir poco después, le preguntó qué regalo de boda quería que le hiciera; y Gabriela, sabiendo que estaba pobre, como que era una de las secretas razones que tuvo para casarse, sin gran amor, para que su padre pudiera conservar el campo, no le pidió joyas ni vestidos, le pidió un bote para pasear por el dédalo de arroyos, bordeados de sauces, que hacían el encanto de aquellos paisajes.

Cuando murió su padre, Gabriela hacía ya seis meses que estaba casada con Jarque, a quien el gobierno acababa de nombrar jefe de policía.

Sus ilusiones ajadas por las severas realidades de la vida, no le pedían nada ya. Sólo deseaba acompañar a su madre, doña Carmen Liendo de Borja, que se había establecido definitivamente en la Casa de los Cuervos, para cuidar de los intereses que dejara su marido al morir, bastante embrollados.

Jarque le permitió irse con ella y se quedó solo.

Lo tarde en tarde, cuando sus tareas se lo permitían, hacía su viaje a la Casa de los Cuervos, yendo casi siempre en la launcha a vapor del gobierno.

Había en la estancia un muchachón de quince años, hijo adoptivo del capataz.

Gabriela solía invitarlo a acompañarla, y él, alto, flaco y flexible como una varilla, corría al bote, con una gran alegría, porque aquellos paseos, siguiendo el canal profundo del arroyo de Leyes, o internándose en los esteros, que desaguaban allí, eran su sueño dorado. La niña tiraba bien, al vuelo o en tierra, y cuando la pieza caía, él como un perro, iba en su busca, aun cuando tuviera que meterse en el agua hasta la cintura.

Gabriela tenía veinte años. Vestía de luto, por su padre, y en la barquilla blanca, que marchaba la vela sonora al viento, sentada a la popa, con la mirada abstraída, desinteresada de las cosas próximas, parecía la heroína de una romántica leyenda.

Su madre preguntábase a veces si aquel matrimonio repentino no había tronchado sus ilusiones de niña, y si no estaba allí la raíz de la indisimulable melancolía que envolvía como un velo aquella radiante juventud. Mas era el yerno tan afable y caballeresco, y estaba la madre tan lejos ya de la edad en que la fantasía es el motor del alma, que desechaba el importuno pensamiento, y se quedaba tranquila dejando a su hija entregada a sus excursiones, mientras ella cuidaba de la casa.

Era una dama de aspecto severo, en su riguroso luto de viuda, que enaltable más su figura frágil, en apariencia, y austera como la de una abadesa.

Blanca, pálida, de ojos negros, perspicaces, que desotfraban perfectamente las intenciones de los que la trataban por negocios; incansable para la menuda labor de ama de casa; madrugadora, siempre alerta, desde la muerte de su marido, había concentrado todas las potencias de su alma en hacer progresar la fortuna que algún día sería de sus hijos.

Tenía por el varón, que era el mayor, una pasión que desbordaba en todas sus palabras.

Tres o cuatro días antes de esa tarde, había estado en la Casa de los Cuervos. Fué con Jarque, al cual la dama notó preocupado por causas que no decía. El joven, en cambio, entusiasmado por su nuevo galón que lucía en la bocamanga de su vis-

cosa chaqueta azul, y en su kepi, la hacía parte de sus proyectos de grandeza y de sus ensueños de amor.

¡Oh, sus sueños de amor! Doña Carmen tenía en el alma impresa la imagen de Syra, a quien viera poco tiempo antes, cuando fué a la ciudad a pedir su mano.

Esa tarde — la tarde del baile — Gabriela llegó en su bote hasta la barranca, poco antes de entrarse el sol.

Venía sola por lo que ella misma tuvo que hacer la manobra de amarrar su embarcación al poste clavado en la costa con ese objeto. La barranca no era alta, un metro y medio de tierra amarilla, contra la cual el río golpeaba sus olas en los días de viento. El terreno subía aún más al alejarse de la orilla, de tal modo que las casas edificadas a cien pasos de distancia, estaban a una altura a donde no llegaban las crecientes.

Ya la noche envolvía el campo, y en el silencio de los animales y las cosas que se dormían, empezaba a oírse el susurro de las hojas, estremecidas por la brisa que despertaba.

La majada estaba ya en el corral. En el patio graznó uno de los cuervos, señal de que volaban a pararse sobre el árbol seco en que pasaban la noche.

Don Goyo, el capataz, llegó en ese momento a rezar con todos el rosario.

Contestaba al rezo con voz sonora. A su lado su mujer, ña Floriana, pasado el primer misterio del rosario se sentaba a la turca, sobre el suelo acolchado con su pollera.

No tenían hijos; el único que tuvieron, y que murió casi al nacer, de haber vivido debía ser de la edad de Carmelo Borja, al cual ña Floriana sirvió de nodriza.

Por eso el joven teniente, secretario de Jarque, era para la mujer del capataz como un hijo, que ella idolatraba y colmaba de mimos.

Una chicuela excesivamente morocha, con el pelo encrespado, que se moría de sueño, estaba acurrucada en un rincón.

Tendría diez años, y servía a la mesa de los señores.

Era toda la gente de la casa, sin contar a Jesús, que no acudió al rosario, porque andaba afuera lidiando con los terneros.

En la Casa de los Cuervos se acostaban temprano para estar listos al alba.

Esa noche, pasado el primer sueño, Gabriela se despertó sobresaltada. Dormía en la misma pieza de su madre, por tenerle compañía, aunque muchas veces la dama, andariega y misteriosa, se levantaba a deshora a rezar.

Al abrir los ojos vió, por la ancha ventana de cristales pequeños, el campo bañado por la luna, cuya luz plateada blanqueaba como un esqueleto, las ramas del árbol seco donde dormían los cuervos.

Una sombra que vió moverse contra los cristales, le hizo incorporarse en la cama.

— ¡Jesús, mamá! — exclamó, conociendo que era ella.

Doña Carmen de Borja no le contestó; ni siquiera pareció haber oído. Gabriela saltó del lecho y corrió hacia ella que con la frente pegada a uno de los vidrios miraba al campo.

La tocó en el hombro; no se movió. Le habló de nuevo y entonces ella le dijo, señalando el árbol donde dormían los cuervos:

— ¡Mira, Gabriela!

La joven vió, con inmensa sorpresa, sobre la rama que se extendía horizontalmente, las figuras encapuchadas y siniestras de tres cuervos.

¿De dónde venía el tercero que jamás había rondado las casas?

Gabriela pegó también su frente sobre el frío vidrio para mirar mejor, ansiosa de que aquello que se le antojaba de mal augu-

rio, fuese un error de sus ojos. Pero la luna, con una infinita serenidad, hacía la noche de una extraordinaria limpidez, y se veían hasta los más delicados perfiles de las cosas cercanas.

Había tres cuervos, y mientras los miraban, voió uno de ellos, que revoloteó desorientado un momento, y atropelló la casa, haciendo temblar con el áspero golpe de su ala los cristales de la ventana.

Gabriela dió un grito y corrió al fondo de la pieza.

Cuando volvió a mirar, el cuervo se había perdido ya detrás de la cortina de eucaliptus.

—Recemos, Gabriela — le dijo su madre. — Esta es la noche del baile en Santa Fe, y yo he tenido siempre miedo de lo que en ella puede ocurrir.

Y rezaron las dos, la madre con su voz profunda, que no temblaba, y la niña toda temerosa, sintiendo afuera el rumor de las copas de los eucaliptus que gemían al viento como almas en pena.

## II

### La mala nueva

La mañana era tibia y el cielo puro aún, por lo cual Gabriela decidió realizar una excursión, que hacía mucho ansiaba; llegar hasta la laguna.

Llamó entonces a Jesús y lo mandó que preparara el bote, para ir lejos.

En cuanto amarró la escota, y se hinchó el trapo, "La Espuma" partió como una gaviota, navegando de costado porque el viento la tomaba de babor.

Miraba pasar las costas verdes, animadas por la vida alegre de los pajaritos que en ruidosas bandadas perseguían los insectos en los carrizales, y aquella visión de alas llenábale el alma con la nebulosa impresión de un sueño.

El viento no la acompañó hasta el fin. Cayó de golpe, y ella y Jesús tuvieron que empuñar los remos, para ayudar a la mano invisible de la corriente que llevaba el esquife a la deriva.

Ya se veía el vasto manto azul de la hermosa laguna. A lo lejos, hacia el poniente, albeaba al sol la cenefa de espuma de la costa, y se divisaba detrás la pincelada roja de la barranca.

Gabriela palmoreó de entusiasmo cuando el cajón del arroyo de Leyes se abrió, de golpe casi, y el bote se encontró como desorientado, lejos de los sauzales que guiaban su rumbo y sacudido por un oleaje más fuerte, que batía sonoramente sus costados.

—¡Niña Gabriela! — exclamó de pronto Jesús, que había parado de remar. — ¡Mire allá!

—¿Qué hay?

—¡Allá, hacia el medio! ¡Mire! un caballo que va cruzando la laguna.

Gabriela soltó los remos y miró, haciendo pantalla con sus manos para defender los ojos de la áspera luz que se reflejaba en el agua.

Estaban como a trescientos metros del punto que llamaba la atención del muchacho. Era un caballo, sin duda: chispeaban las gotas que arrojaba con sus resoplidos cada vez que una ola rompía sobre él.

—Es extraño — pensó la joven que conocía el instinto de los animales — ¿cómo se ha atrevido a cruzar la laguna, habiendo paso por el río?

El bote corría hacia él, y como el caballo avanzaba, pronto se le pudo observar mejor; parecía cansado; la orilla de donde partiera estaba lejos, apenas se veía, y ya no tenía más remedio que llegar hasta la otra costa.

De repente Jesús volvió a gritar:

—¡Hay un hombre! mire, niña, ¡agarrado a la clina!

Cuando el bote se acercó más, Gabriela con el corazón palpitante, gritó al dueño del caballo ofreciéndole pasarlo, y como él no respondiera, pues parecía muerto o desmayado, aunque su mano crispada no soltaba la clina; de unos cuantos golpes de remo se puso al lado. El caballo, un momento pareció desorientarse; miró al bote blanco, sus dos tripulantes, los remos que batían el agua, y perdió de vista la costa. Volvió la cabeza hacia el otro lado y arrancó con más fuerza.

Fué entonces cuando Insúa, aletargado por la frialdad del agua, soltó la crin y se hundió.

Pero Jesús, que espía la escena con una profunda ansiedad, arrojóse del bote y nadando como un yacaré se zambulló en el mismo sitio en que acababa de desaparecer el desconocido y lo alcanzó a sacar.

—¡Bravo, Jesús! — exclamó Gabriela estirándole un remo, de cuya punta se agarró el muchacho, que resoplaba entre alegre y asustado de su propia hazaña.

Ni él ni ella se habían preocupado de saber si el hombre vivía para sacarle del agua, y cuando a costa de grandes esfuerzos lograron izarlo a bordo y vieron que caía como una masa inerte, y que estaba frío, los dos se pusieron lívidos de espanto:

—¡Está muerto!

Pero Jesús, que se había acercado a él, observó sus narices, que temblaban como si respirara.

—¡Está vivo! — gritó — ¡está desmayado! ¡mire, niña Gabriela, cómo respira!

Sacado del agua, que lo entumecía, renació la vida en aquel cuerpo joven y robusto.

Gabriela empuñó valientemente los remos.

—¡Pronto, Jesús! yo voy a remar; dale friegas, ¡lo que tiene es que se está muriendo de frío, y que ha perdido sangre!

Dejó los remos un momento y armó la vela, que podía ser útil. Jesús, en tanto, con alguna torpeza, pero con un incansable vigor, hacía reaccionar la sangre de los miembros ateridos de Insúa.

Insúa permanecía sin sentido; respiraba bien, echado de espaldas sobre el fondo del bote. Para friccionarlo mejor Jesús le abrió la camisa, y su ancho, musculoso pecho, manchado de sangre, se alzaba a compás de la respiración.

Una hora larga tardó Gabriela en llegar a la desembocadura del arroyo de Leyes, remando contra la corriente. El sudor le pegaba rizos de cabello en la frente, enrojecida por la fatiga.

—¡Jesús, no puedo más! — dijo al fin, y entregó los remos al muchacho.

Gabriela conocía pocas personas en Santa Fe, pero aquellas facciones varoniles, aquella línea audaz, casi ofensiva del mentón, que la barba negra acentuaba con fuerza, no le eran totalmente desconocidas.

De repente se acordó, como si un rayo hubiera hecho repentina luz en su memoria.

—¡Insúa, Insúa! — pensó, asociando el recuerdo de algunas conversaciones oídas a su marido en la última visita. Y se le ocurrió que si aquel hombre estaba allí, herido, recogido en forma tan extraña, era porque en Santa Fe había estallado esa noche la revolución que se temía, y lo habían vencido.

—¿Estás cansado, Jesús?

—¡No, niña!

Las márgenes verdes pasaban lentamente, pero como el agua corría con más fuerza, la ilusión era de que el bote no avanzaba.

—Dame los remos, Jesús.

—No, niña; no estoy cansado. Dentro de un rato.

Había cerrado ya la noche cuando llegaron a la vuelta del río, donde estaba la Casa de los Cuervos. Un farol sobre la barranca les indicó el sitio donde debían atracar. La negra Encarnación tenía la luz y dijo a Gabriela cuando la proa del bote tocó el fondeadero:

—Don Goyo y los peones salieron a buscarla, niña. La señora está llorando.

Gabriela saltó a tierra.

—¿Qué hay! — preguntó a Floriana, que al rumor de las voces salió de las casas.

—¡Ah, niña Gabriela! ¿No sabe lo que ha sucedido? — y se echó en tierra gimiendo como un perro castigado.

—¿Qué hay, Floriana! ¿Qué hay, Dios mío?

Y fué su madre a la que halló en el dormitorio, sentada junto a la ventana, donde esa noche rezaron por el alma de los muertos, la que le dió la noticia que dos mensajeros del gobernador Bayo acababan de traerle.

Su madre refería aquellas cosas horribles sin el más leve temblor en la voz. La pieza estaba oscura, pero Gabriela veía lucir sus ojos en la profunda sombra.

Cuando lo supo todo, habló ella entre sollozos, y contó su aventura, y aun tuvo fuerzas para decir que el hombre que había salvado era el jefe de esa revolución que enlutaba la casa.

—¿Y ese hombre? — preguntó lentamente doña Carmen cuando Gabriela terminó su relato — ¿está en el bote?

—Sí.

### III

#### La mano suave

Doña Carmen de Borja llegaba de la ciudad adonde había dado el último adiós a los restos de su hijo, y donde le contaron lo que se sabía de su muerte.

Al llegar a las casas ladraron los perros, sin conocerla. Bajóse del caballo que montaba, con gran maestría, y entró al comedor, pieza vasta, desnuda y sonora bajo los pasos. Allí estaba su hija que la esperaba con la ansiedad de conocer detalles de la inmensa desgracia caída sobre ellas. Pero la madre no habló, y la hija se encerró a llorar en la nueva alcoba que ocupaba, por haber cedido al inesperado huésped la mejor de la casa.

En la cena, que fué silenciosa y lúgubre, doña Carmen interrogó a Gabriela por el herido.

—Tuvo mucha fiebre, y pasó sin conocimiento el primer día. Le lavé la herida con agua de cepacaballo, y Jesús lo veló por la noche. Ayer de mañana ya conoció y el día fué bueno. A la tarde le volvió la fiebre que no lo ha abandonado en todo el día de hoy.

—Es un hombre fuerte — murmuró la dama — y es joven. Yo lo conocí niño — y después de una pausa: — hay que seguir lavándolo con lo mismo. ¿Cómo es la herida?

Gabriela describió el balazo de Insúa, a la altura del hombro izquierdo.

—¿Tiene adentro la bala?

—Son cosas que no sé — respondió Gabriela pensativa.

Doña Carmen mandó llamar al capataz y le dijo:

—Mañana de madrugada irás a llamar al cura de San Pedro; sabe de heridas, y creo que ha sido médico en su tierra.

Don Julián del Monte, el cura de San Pedro, un malagueño alto, fornido, llegó a eso de las ocho de la siguiente mañana.

Montaba bien, la sotana arremangada, y se cubría la cabeza, que blanqueaba ya, con un chambergo negro.

A la hora en que él llegó, Insúa estaba despierto y había

saludado con una sonrisa dolorosa a Jesús, que a la cabecera de su cama cuidaba su sueño, mandado por Gabriela.

El cara se le acercó y le estrechó la mano:

—Yo lo conozco de nombre y de fama, señor capitán, y vengo a ver su arañazo.

Y con mano experta desató las vendas puestas por Gabriela, que observaba silenciosa, desde los pies de la cama.

La herida era grande, a la altura del hombro izquierdo; la bala había roto la primera costilla y perforado el omóplato, pero sin fuerzas para salir, estaba perdida entre la carne y el hueso, a la espalda.

De un tajo rápido con una navaja de barba, abrió la carne y extrajo la bala.

—Ahora se curará, señor capitán — dijo después de lavarlo prolijamente con infusiones de hierbas y vendarle bien.

Insúa no respondió; la fiebre volvía a apoderarse de él y lo hacía delirar. Durante varios días la temperatura, indicio de una grave infección, fué muy alta, y lo tuvo amodorrado.

Doña Carmen nunca entraba al cuarto del enfermo.

Enlutada como antes, pero con un pliegue más hondo de dolor, en la comisura de los labios, atendía prolijamente todas las cosas que con él se relacionaban, y sin nombrarlo jamás, parecía tenerle a toda hora presente.

Al caer la tarde reuníanse en el oratorio y rezaban el rosario.

Floriana rezaba plañiendo, hasta que una noche doña Carmen le dijo:

—Yo soy su madre, y no me lamento así.

La mujer guardó silencio desde entonces, pero rezaba arrebuzada en su manto, y su cabeza temblaba con los sollozos incontinentes.

Un día Gabriela dijo en la mesa:

—Hoy ha amanecido sin fiebre.

La madre la miró; pareció que iba a hablar, pero no dijo nada.

—Sin fiebre y con hambre — agregó sonriendo un poco Gabriela, íntimamente halagada de aquella curación que en parte se debía a sus cuidados.

Y esa tarde Insúa que dormía tranquilamente, por primera vez, quizás, desde que estaba enfermo, abrió los ojos sin sueño ya, y vió a corta distancia de su cama, sentada en una mecedora a Gabriela que leía, velándole.

—Hoy no ha venido don Julián — le dijo, cerrando el libro; — ayer lo encontré ya bastante bien...

—¿Don Julián? ¿Quién es don Julián, señorita? — dijo él avergonzado de que siempre se le hablara de sus dolencias; y luego recordando: — ¡ah, el cura! Lo he visto en medio de la fiebre, y no me acordaba.

—Ha sido médico en su tierra, y por eso lo llamamos.

—Tiene buena mano, pero no es a él, sin duda, al que más debo...

—¿A quién entonces? — Interrogó ella involuntariamente.

—A usted, señorita...

—Señora, — corrigió ella suavemente.

—¡Ah! — dijo él recordando lo que el primèr día que se vió en la Casa de los Cuervos le refirió el capataz.

Gabriela, para escapar de aquella situación, que sin saber por qué recónditos motivos la hacía callar a ella al mismo tiempo que a él, se acercó a la ventana y luego dijo:

—No sé si un vaso de leche al pie de la vaca, le sentaría bien. Voy a preguntarle a mamá — y salió.

Un rato después vino Jesús con un tibio y espumoso vaso de

leche, que el enfermo bebió con desgano, y sólo porque el muchacho le dijo:

—Que lo tome todo, me encargó la niña Gabriela.

Insúa se quedó solo, mirando declinar el día, y con el oído atento a los rumores de afuera, en que a veces venía mezclada la voz de ella. Cuando la sombra invadió la arboleda, y en la estancia del enfermo se hizo la noche, vino Gabriela con una lámpara, que le hacía resplandecer el rostro y lucir los ojos garzos.

—Usted me mimó — le dijo él, y ella contestó cualquier cosa y se fué dejándolo con la esperanza de que volvería a sentarse a su lado.

Mas no volvió: dos o tres veces la sintió hablar en la galería contigua, o en la pieza de al lado, y fué todo.

Jesús le trajo una taza de caldo que bebió a disgusto por complacerla secretamente. Volvióle la fiebre y pensaba que en aquella casa era un estorbo su presencia, por lo cual debía partir al alba. Se lo dijo así al muchacho, que lo miró extrañado y llevó la nueva a su ama.

Cuando ésta vino, después de cenar, Insúa tenía la mirada febriciente y estaba intranquilo, deseoso de quejarse no de dolor, sino de su mala suerte, que lo tenía allí, clavado en el lecho, molestando a personas a quien no conocía. Algo dijo al ver a Gabriela, y ella dulcemente le replicó:

—No se preocupe de ello, lo cuidamos con gusto y no es molestia.

Y con su mano pequeña y suave le tomó el pulso, y le palpó la frente, con lo que él se aquietó.

—Tiene fiebre; le voy a lavar la herida; como me ha enseñado don Julián; es usted un hombre fuerte, señor capitán. Dice don Julián que su herida es terriblemente dolorosa, y usted no se queja.

Insúa saboreó sin contestar la dulzura de aquella palabra, y esa noche se durmió tranquilo, como si ella velara a su lado, olvidado de todas las cosas que hacían singularmente penosa su presencia en la Casa de los Cuervos.

#### IV

#### La yerra

¿Era eso el amor?

Su corazón había dormido tantos años, que ella pudo creer que el letargo sería eterno, y he aquí, que en las más inverosímiles circunstancias, como en un cuento de niños se prendaba de un hombre.

Había mandado ensillar temprano su caballo, para salir al campo a vigilar ella misma el trabajo de la peonada que recogía la majada, porque se iba a parar rodeo. Su madre, amaneció con una fuerte jaqueca, y ella debía sustituirla.

Había tomado la rienda y estaba a punto de saltar, ayudada por Jesús, cuando Insúa apareció en la galería. Se levantaba hacía una semana, y aunque conservaba el brazo encabestrillado, no parecía un convaleciente.

Se le acercó y le dijo:

—¿Por qué quiere seguir tratándome como enfermo? Si manda que me ensillen un caballo, puedo serle útil en el campo. ¿No sabe que es mi oficio?

Gabriela, sí, pensar más, deseosa de complacerle, mandó ensillarle un caballo, y algunos minutos después, partían los dos, al galope, hacia el campo.

¿Era eso el amor? Insúa le había dicho al salir:

—Ya no es prudente que siga en su casa. Hace tres semanas que soy su huésped, y por mucho misterio que se quiera guardar,

no tardará el gobierno en saber dónde estoy. Dicen que me hace buscar.

—En nuestra casa, señor capitán, no pensará nunca.

—Pero lo harán pensar. Yo debo irme ya. He mandado un chasque a Alarcón. No crea, Gabriela, que es mi gusto... ¿sabe? siento alejarme de esta casa, que ha sido un puerto para mí.

—Habíamos quedado — murmuró Gabriela — en que no se acordaría más de eso.

—No lo digo porque a usted le deba la vida. No le gusta que lo recuerde, y cumplo mi palabra. Pero es que le debo más que la vida...

—¿Qué es? — preguntó involuntariamente la joven, notando que él se había callado.

—Le debo la primera ilusión, que me ha hecho comprender realmente el valor de la vida, que también le debo...

El corazón de ella latió con fuerza, agitado sin duda por la carrera desenfadada de los dos caballos, que sintiendo suave la brida, volaban sobre el campo verde.

—¿Le hace mal galopar? — preguntó Gabriela, siendo esa su primera palabra, después de lo que él le dijera.

—No, Gabriela; pero quisiera alargar estos minutos que estoy con usted; y me parece que el galope los acorta.

Por primera vez en su vida apasionada, sentía la nostalgia de la paz. Era una sensación penetrante y desconocida para él, que le hacía desear que el tiempo no corriera, como si las cosas que habían de venir hubieran de ser fatalmente tristes.

El gobierno le perseguía. Al principio se le dió por muerto, y días enteros recorrieron la laguna y el puerto algunas lanchas, buscando su cadáver. Después nació la sospecha de que vivía, oculto en los sauzales con los paisanos mataderos. Algunas patrullas merodeaban por las islas, y aun llegaron a la Casa de los Cuervos. Insúa oyó una tarde el ruido de los sables en la galería, y la voz tranquila de doña Carmen de Borja que respondía a los hombres, quitándoles toda sospecha de que allí pudiera estar el que buscaban.

Desde ese día llamóle más la atención la actitud de la dama para con él. Ni una sola vez había entrado en su cuarto durante la gravedad.

Y después, cuando él se levantó, y salió y pudo asistir a la mesa y a la oración, y se multiplicaron las ocasiones de encontrarle, parecióle observar en ella un especial empeño en esquivarle.

Insúa se estremecía pensando que pudiera haber penetrado el horrible secreto que de noche le desvelaba y le sugería la fuga. Pero si la madre sabía, ¿por qué lo ignoraba la hija?

—He mandado un chasque a Alarcón — volvió a decirle Insúa, mientras cruzaban al tranco un alto pajal, que escondía el cuerpo entero de sus caballos; — es necesario que me vaya, para no comprometerles. Mi gente, además...

—Mi gente me espera, porque quiere vengar la derrota. ¿Será discreta? Me dicen que en Santa Fe nuestros amigos están libres, porque no ha habido pruebas contra ellos, y aunque se les vigila no tardarán en alzarse de nuevo contra el gobierno. Y yo, usted lo comprende, tengo que acompañarles...

Dejó de hablar porque en el rostro de ella, animado un momento por aquella confidencia, que era una prueba de amor, se pintó una gran tristeza.

—¿Qué le pasa, Gabriela?

—¡Nada! no me pasa nada. — respondió sin mirarlo. — Usted no tiene otro pensamiento que la revolución. ¿No sabe el daño que me hace? ¿Piensa alguna vez en los muertos?

Intrigada por el silencio de él, volvió la cara y lo miró, y casi dió un grito, porque fué un rayo de luz, y ante sus facciones

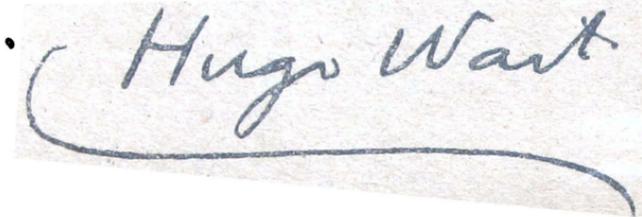
descompuestas, tuvo la evidencia de lo que hacía tiempo flotaba en su alma como una sospecha.

No necesitó que él le dijera nada para comprenderlo todo. Lo hubiera leído en un libro, y no lo habría visto tan claro como en cada uno de los gestos que recordaba de él, y que ahora se aclaraban para ella, su reserva, su miedo al delirio de la fiebre, que podía comprometerle, su disgusto cada vez que se aludía a la noche de la revolución en que murieron su marido y su hermano, a quienes él nunca nombraba, como si tuviera horror a su memoria.

¡Ay, Dios! y ella lo había dejado entrar en su alma.

Al volver una isleta del bosque, donde el camino doblaba bruscamente, los dos, que seguían marchando juntos, sin cambiar una palabra, entregados a sus pensamientos, halláronse con la punta de la hacienda que venían arreando los peones.

Al ver la hacienda que desembocaba, Gabriela se detuvo; In-súa caminó algunos pasos y se detuvo también; estaba irritado consigo mismo, con su propio destino, que parecía burlarse de él.



Hugo Waut

---

## La tercera y última parte aparecerá mañana

---

### ¡Muchachas! ¡Pruébenlo! Tengan una cabellera Abundante, Bonita y Ondeadá

Todá partícula de caspa desaparece y el cabello no se cae más

Humedezca un paño y páselo por el cabello, y duplicará su belleza al momento

Su cabello se pondrá ondeado, sedoso, abundante y se verá tan suave y lustroso como el de una niña, después de usar "Danderine, Purificador del Cabello". Pruebe esto: humedezca un paño en un poco de Danderine y páselo cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. Esto le limpiará el cabello de polvo, suciedad y grasa excesiva, y en pocos minutos duplicará su belleza.

Además de embellecerlo al instante, Danderine destruye toda partícula de caspa, limpia, purifica y fortalece el cráneo,

evitando la picazón y la caída del cabello.

Lo que más le agrada será ver cómo, después de haberlo usado por varias semanas, le sale cabello nuevo, fino y suave, creciéndole por todo el cráneo.

Si quiere usted tener el cabello bonito, suave, y, sobre todo, abundante, compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier botica o almacén, y pruébelo.

¡Cuide su cabello! ¡Embellézcalo! Usted se convencerá de que éste ha sido el dinero mejor empleado.



# LEICHNER

es el unico  
polvo graseoso  
que conserva  
el cutis fresco  
y aterciopelado

---

VENTA EN TODAS PARTES

Exija a su vendedor el verdadero  
y legítimo LEICHNER y no otro.

Representante en Asunción (Paraguay)  
GUILLERMO PERONI  
Benjamin Constant esquina Ayolas.

*Thompson*  
Muebles S. A.

La elección de un mueble tapizado,  
más que en cualquier otro caso, es arriesgada,  
por cuanto los materiales interiores escapan a  
la vista del comprador. Por ello, no olvide que  
el sello de *Thompson* Muebles S. A. impreso en todo mueble,  
significa la garantía de la más alta calidad.



Vistoso sillón "MILTON" tapizado en fina cretona; de sólida trabazón, suaves muelles, materiales interiores de primera calidad y cuya esmerada construcción les ofrece singular duración sin deformarse y manteniéndose siempre cómodos y elegantes \$ **85.—**

CATÁLOGOS Y EMBALAJE GRATIS

**Florida 833**

**Buenos Aires**